

CUERPOS SIN ALMA.
CUERPOS SIN DIOS



Héctor de León

**Editorial
Unillanos**



CUERPOS SIN ALMA.
CUERPOS SIN DIOS

CUERPOS SIN ALMA.
CUERPOS SIN DIOS

HÉCTOR DE LEÓN

Editorial Unillanos

León, Héctor de

Cuerpos sin Alma. Cuerpos sin Dios / Héctor de León. 1ª ed.–

Villavicencio: Editorial Unillanos, 2017

p. 188, il. (12 x 17 cm.)

Incluye: Índice y Referencias Bibliográficas

ISBN 978-958-8927-30-5

1. Cuerpo (Humano) 2.Cuerpo y Alma. 3. Iglesia Católica - Filosofía

CDD 291.22 ed. 21

Catalogación en la publicación – Biblioteca Universidad de los Llanos

Primera edición, 2018

Cuerpos sin alma. Cuerpos sin Dios

ISBN: 978-958-8927-30-5

© **Héctor de León**

© **Universidad de los Llanos**

Coordinación editorial: Ana María Lombana Gracia,

Catalina Ramírez Ajiaco

Diseño de cubierta y diagramación: Natalia Rojas Castro

Imagen de la cubierta: For a Thousand Years Autor: David Edward Linn

Corrección de estilo: Julian Acosta Riveros

Editorial Unillanos, 2018

Kilómetro 12 vía Puerto López, vereda Barcelona

Email: editorialunillanos@unillanos.edu.co

<https://editorial.unillanos.edu.co>

Villavicencio, Meta

Impresión

Xpress Estudio Gráfico y Digital S.A.S.

Cra. 69H # 77-40

www.xpress.com.co

Bogotá D.C.

Descargo de responsabilidad: la información contenida en este libro es producto del autor y por consiguiente no compromete la posición de la Universidad de los Llanos. Prohibida la reproducción total o parcial, en cualquier medio, formato o propósito, sin la autorización escrita de la Editorial Unillanos.

A mis estudiantes

ÍNDICE

Introducción (11)

Capítulo 1: El génesis de Dios y del alma (17)

Capítulo 2: El más allá y la descorporeización (33)

Capítulo 3: La animadversión cristiana hacia el cuerpo (53)

Capítulo 4: El menosprecio católico por la mujer y la desfiguración de su cuerpo (63)

Capítulo 5: La desnaturalización católica del sexo en la Edad Media (73)

Capítulo 6: La demonización corporal católica y sus depredadores sexuales (91)

Capítulo 7: ¿Cómo entender la paradoja católica de no al sexo y después sí a la reproducción? (113)

Capítulo 8: Las atrocidades de la fe: esclavitud y muerte (125)

Capítulo 9: Cuerpos sin alma. Cuerpos sin Dios (141)

Capítulo 10: Cuerpos adoctrinados
y cuerpos libres (159)

Colofón (117)

Referencias bibliográficas (181)

*Has de tratar al cuerpo,
no como quien vive con él,
que es necesidad,
ni como quien vive por él,
que es delito, sino como
quien no puede vivir sin él.*

Francisco de Quevedo,
*La cuna y la sepultura para el
conocimiento propio y desengaño
de las cosas ajenas, 1634*

INTRODUCCIÓN

Largo camino ha debido recorrer la educación física para reconocer otras regiones y problemas corporales distintos a lo eminentemente somático, a aquella noción de cuerpo tangible, mecánica, definida, sólida, estable, cuantificable y objetiva que se destilaba de los análisis anatómico-funcionales; miopías científicas propias del desarrollo histórico de la ciencia que también estuvieron acompañadas de otras concepciones reduccionistas que no solo confinaron el cuerpo a escenarios disciplinares exclusivamente militares, escolares, utilitaristas y deportivos, sino que hicieron de este una entidad dualizada, subordinada, cosificada y censurada en medio de enseñanzas y rituales neuróticos y desnaturalizadores que eran inoculados en la educación de los pueblos por vías estatal y confesional.

Total, todos ellos pensamientos arcaicos, binomiales, lineales, fiscalistas y maniqueos que, pese a la resistencia que todavía algunos dinosaurios exhiben en la academia frente al desarrollo *integral* de su profesión, han venido retrocediendo poco a poco para darle paso al extraordinario hecho de que las fronteras del cuerpo y de sus mundos son en verdad mucho más trascendentales, complejas y ficticias de lo que se hubiese pensado; van más allá de lo biológico de forma inevitablemente interdependiente, pues sus “límites” se encuentran en y entre lo psicológico, social, cultural, sexual, lúdico, simbólico, político, económico, lingüístico, motriz, ecológico, histórico, antropogénico, pedagógico, filosófico

(axiológico, teleológico, ontológico, deontológico, epistemológico...) y demás escalas, órdenes, contextos y planos físicos, metafísicos e interfásicos que no corresponden a mundos encontrados en las exterioridades del cuerpo, sino que son prolongaciones de la corporalidad misma, es decir, fenómenos consustanciales, interconectados, multirreferenciales, superpuestos y combinados que dan lugar a la vida que a diario experimentamos en formas ricamente simultáneas, contradictorias, azarosas, intersubjetivas y emergentes que sobrepasan lo humano.

14

En esta línea reflexiva, vale preguntarse, entonces: ¿es ilegítimo abordar al cuerpo catequizado y al cuerpo laico desde la educación física? Afirmarlo sería tan obtuso y descabellado como aseverar que la educación no afecta al cuerpo y que el cuerpo es una realidad ajena a los derroteros de la educación. ¿Pero es que puede haber algo más nuestro y fiable que el propio cuerpo? No hay duda de que los sentidos, por asuntos de supervivencia, nos hacen parecer que sí somos dueños absolutos de nosotros mismos, pero si examinamos con detenimiento el influjo que puede tener una creencia o doctrina en un cuerpo cuando lo ha habitado por muchos años, puede encontrarse que ella ha estado socavando su sentir, pensar y actuar, hasta el punto de que dicha broca ideológica termina nublando su horizonte, desfigurando su “yo”, al “otro” y al “nosotros”, haciendo que no distinga entre lo fantasioso y lo racional en un clima de normalidad, perdiéndolo entre su *Homo demens* y su *Homo sapiens sapiens*; en fin, condenando al cuerpo finalmente a la docilidad, la servidumbre y al menosprecio por sí mismo al tener los ojos puestos en un más allá etéreo, eterno, surrealista, sedentario y bañado en agua de

rosas que lo libre de la angustia de la finitud y la imperfección; contrario al torbellino real de la vida con sus incertidumbres, posibilidades, contingencias, entropías, sondeos, adaptabilidades, vaivenes, progresiones y eventualidades. En consecuencia, se trata de un milenarismo rosario de ideas ilógicas y recalcitrantes dispuestas a impedirle al cuerpo que se piense... A que obtenga un encuentro genuino consigo mismo.

Por estos motivos, *Cuerpos sin alma. Cuerpos sin Dios* es un posicionamiento crítico que busca realizar un breve y sustancioso recorrido por la historia religiosa que se ha escrito en el cuerpo desde épocas primitivas, especialmente sobre las hondas inscripciones que el cristianismo ha venido grabando desde hace más de veinte siglos en los feligreses; doctrina que ha logrado diluirse en todos los ámbitos públicos y privados: judiciales, políticos, educacionales, culturales, éticos... En todos, tanto en la vida de los creyentes como en la de los no creyentes. De esta manera, su Iglesia ha conseguido que muchos de sus dogmas y mitos —especialmente sus ideales sexuales— permearan la educación de infinidad de creyentes hasta enraizarse de las formas más insospechadas en lo más recóndito de sus corporalidades, a la vez que desarrollan en estos una particular manera de estar en el universo, de reconocerse, de mirar al otro e interactuar con él, de concebir la vida, de asumir la muerte. En pocas palabras, configurando un modo peculiar de “moverse”.

Pero ¿será posible que millones y millones de fieles estén equivocados e ilusionados? ¿Qué razones han tenido los incrédulos para no considerar válidas las creencias y los mandatos de las Iglesias en la edificación de sus identidades

y proyectos de vida sin temor a condenarse? ¿En qué se basa su ética? ¿Debemos desconfiar de ellos? ¿Cómo se las arreglan? ¿Qué intenciones esconden las lecciones clericales? Por eso, animarse a indagar con mente abierta acerca del origen y el desarrollo de esta poderosísima religión judeo-cristiana y de sus inculcaciones tenidas por indudables para conocer el verdadero alcance que ha tenido sobre el cuerpo en todas sus dimensiones, es ampliar nuestros horizontes intelectuales, es correr el riesgo de encontrar conexiones estremecedoramente reveladoras que puedan llevarnos a reconsiderar algunos de nuestros aprendizajes y maneras de pensar, de ser, de estar, de vivir y de proyectarnos.

CAPÍTULO 1

El génesis de Dios y del alma

Vislumbrar la posibilidad de que pueda existir un cuerpo sin alma es algo que continúa siendo inconcebible para millones y millones de personas, y mucho más sin un dios. De modo que para ocuparse de las razones que conducen a aquella creciente minoría de cuerpos a transitar por el mundo, muy orondos ellos, sin considerar alma y dios alguno en sus vidas, es conveniente empezar por averiguar cómo aparecieron estos credos y por delimitar la deidad sobre la que ha de basarse este examen, pues divinidades hay tantas como creencias religiosas en el planeta y en su historia: Brahma, Waheguru, Dios, Alá, Jah, Jehová, Yavé, Adonai, Baal, Ahura Mazda...¹

19

Así, para evitar que el análisis sea desbordado por una atiborrada pléyade de dioses, es necesario reducir este Olimpo multicultural de seres todopoderosos a los que la tradición judeocristiano-islámica ha rendido culto en sus

¹ El rosario de dioses al que se ha rendido culto en la Tierra es innumerable. Para los griegos lo fueron Hefesto, Apolo, Artemisa, Poseidón, Hera, Hermes, Atenea, Afrodita, Ares, Hades, Zeus, Dionisio, etc.; los nórdicos tuvieron a Thor, Odín, Balder, Bragi, Idun, Heimdall, Frigga, Tyr, etc.; los egipcios, a Horus, Amón-Ra, Anubis, Apis, Atón, Osiris, etc.; los indios, a Indra, Agni, Kali, Brahma, Visnú, Kama, Shiva, Krishna, Ganesha, Ganga, etc.; los mayas, a Hunab Ku, Itzamná, Ak Kin, Ix U, Kauil, Chaac, Xaman Ek, Yum Címil, Yum Kaax, Ixchel, Ixtab, etc.; los alemanes a Wotán; los fenicios, cartagineses, caldeos, babilonios, sidonios y filisteos a Baal; en África, a Bumba, Adroa, Engai, Arebati, etc. Y ni qué decir de la cantidad de semidioses, profetas, mesías, elegidos, iluminados y demás ungidos a los que se ha seguido, más las diferentes nociones de dios que muchos relacionan con ideas como amor, energía, verdad, naturaleza, omnipotencia, todo, sabiduría, hacedor, padre, perfección, leyes naturales, fuerza, conciencia cósmica, creador, ser, numen, demiurgo, logos, nous, infinito, *elan vital*, uno, absoluto, potencia...

respectivas idiosincrasias y escoger uno de ellos; en este caso² se elegirá al dios de los cristianos; para ser más concretos, al dios de los católicos conocido como Dios.³

Este último titubeo sobre qué dios versar lo explica la próspera ambivalencia teológica que se encuentra entre mormones, testigos de Jehová, evangélicos, adventistas, protestantes, anabaptistas, cuáqueros, presbiterianos, metodistas, bautistas, pentecostales, anglicanos, milenaristas, luteranos, amish, menonitas, marcionitas, arrianos, monofisitas, pelagianos, nestorianos, coptos, jacobitas, ortodoxos, cátaros o albigenses, anglicanos, veterocatólicos y demás ramas cristianas en las que sus congregantes no solo han intentado evangelizarse entre ellos mismos, sino también en las que se presentan diferencias significativas en cuanto a ritos, costumbres, éticas y visiones cósmicas, así como a posturas excluyentes entre sí a la hora de definir cuál es la Iglesia real y de caracterizar y establecer el “Dios” que se debe venerar. De hecho, se tiene de este dios una percepción diferente en comunidad y otra en el plano individual; tan distinto como lo puede ser para el clérigo, el poderoso, el rico, el pobre, el militar, el agonizante, el delincuente, el político...

² No solo porque es la religión con mayor número de seguidores en el mundo (unos 2100 millones de cristianos —repartidos en unas 32 820 denominaciones e Iglesias—, de los cuales 1098 millones son católicos), sino porque el autor de estas líneas nació en Colombia —“el país del Sagrado Corazón”—, donde cerca del 95% de los habitantes se encuentra oficialmente en esta religión; una creencia que se encuentra presente en todos los ámbitos: culturales, económicos, políticos, judiciales, sociales y educacionales. Uno de mis nombres, “León”, por ejemplo, lo heredé de mi padre, a quien mi abuela, una paísa devota, le hizo bautizar así en honor al papa León XIII.

³ Nota: las palabras del Padre y del Hijo que aparecen en este escrito han sido tomadas al pie de la letra —“ver para creer” respetado lector— de los versículos que aparecen en *La Biblia de Jerusalén* de Alfredo Ortells, Editorial S. L., 1993. Versión católica que fue traducida inicialmente por los dominicos de *L'École Biblique* de la Ciudad Santa, bajo la dirección de José Ángel Ubieta y publicada en 1966 como Edición Española de la Biblia de Jerusalén.

Se trata de una larga crónica de disensiones y disuasiones que se ha mantenido encendida *ab aeterno* cuando se ha querido sentar palabra sobre cosas como la interpretación figurada o literal de los versículos, la traducción o versión auténtica de la Biblia, el cielo, el infierno, el pecado, la segunda venida de Jesús, el mensaje de salvación, la autenticidad de un profeta, la verdadera Iglesia... Que María fue inseminada por Jehová dice el testigo, que fue el Señor a través del Espíritu Santo, refuta el católico; pero la Virgen fue concebida en pecado original, aclara el católico ortodoxo; no, no, no, fue una inmaculada concepción, replica sin la menor duda el católico romano; pero si el Espíritu Santo no existe, rebate el ortodoxo; que sí, y son tres en uno, objeta el romano... y así, que si patatín, que si patatán, por los siglos de los siglos. E incluso, dentro de los mismas clases de católicos apostólicos romanos (activos, litúrgicos, profesantes, culturales y privados), se pueden encontrar posiciones encontradas acerca de temas como el matrimonio, el divorcio, los derechos de los homosexuales, el celibato de los sacerdotes, la concepción, el aborto, la eutanasia, la pena de muerte, el más allá, la infalibilidad del papa, los métodos de planificación, los votos de pobreza, la obediencia y la castidad, el papel de la mujer en la Iglesia, la congruencia del Vaticano y las prácticas cristianas con la vida de Jesús y sus lecciones; que si creer en un dios personal o impersonal, que si en el del Antiguo o el Nuevo testamento, y demás controversias que hacen del ecumenismo una utopía cada vez más lejana.

21

Ahora bien, sin pretender encapsular en este ensayo la dilatadísima historia del alma⁴ y la de dios (dos términos

⁴ A lo largo de este trabajo se emplearán las palabras *alma* y *espíritu* como sinónimos debido a que en la historia han expresado en el fondo la misma idea, a sabiendas de que la primera predominó en toda la filosofía antigua y la otra en las filosofías cristiana y

teológicos indisolubles), que me llevaría a terminar ahorcado con un rosario de aseveraciones fehacientes y la cabeza hecha una olla de grillos, el propósito de este relato es hacer un modesto recorrido sobre el particular con el fin de interpretar las razones que han llevado a que unos cuerpos prescindan de estas nociones teológicas como necesidades imperativas para su realización personal. Huelga decir que *precisar* dónde, cuándo y cómo nacieron las ideas de alma y de dios puede ser tan difícil como determinar el momento a partir del que empezamos a ser considerados “humanos” (tanto en la filogenia como en la ontogenia) o saber cuál de estas dos entelegías apareció primero, sobre todo porque del paleolítico inferior se perdieron indicios como la danza, la música, la escritura, la tradición oral (que no es de fiar) y el adorno corporal. No obstante, gracias a los avances de la arqueología, la antropología, la sociobiología, la neurobiología, entre otras ciencias clásicas y descollantes —agréguese a este coctel científico una sana dosis hermenéutica—, es que se pueden hacer inferencias poderosamente plausibles y sensatas sobre la naturaleza de estas creencias.

Así bien, lo que sugieren los hallazgos arqueológicos (sepulturas, figurillas, utensilios, etc.)⁵ es que en aquellos tiempos tribales —antes de que pudiera hablarse de civilización—, nuestros antepasados cazadores-recolectores, desde su condición de homínidos, debieron haber creído en

moderna, y que algunos grupos religiosos y sectarios establecen malabáricas distinciones entre ellas.

⁵ Tan antiguos como el famoso enterramiento Excalibur de la sima de los Huesos (bifaces encontrados en la sierra de Atapuerca), con 500 000 años de antigüedad, así como el fragmento óseo de pata de elefante grabado con 28 cortes de hace 412 000 años, las cuevas de las Grajas (con 200 000 años de edad), de Blombos (de hace 70 000 años), de Altamira (15 000 a 12 000 años atrás), entre muchos otros hallazgos antiquísimos.